



EL TEÓLOGO RESPONDE

**¿QUÉ TENGO QUE ENTENDER POR «ESPIRITU DE FE»?**

P. Dr. Miguel Ángel Fuentes, I.V.E.

Estimado Padre:

*Queriéndome preparar para el año de la fe que ha convocado el Papa Benedicto XVI, me puse a leer las cosas que él ha dicho sobre el tema y me encuentro con una expresión repetida a la que no sé darle el exacto sentido: «espíritu de fe». Por ejemplo, la topé en una Catequesis de este año: «deben actuar con espíritu de fe a la luz de Dios». ¿Cómo tenemos que entender esta frase? ¿Se trata de una actitud del corazón o es algo más bien intelectual? Disculpe esta «ignorancia ilustrada» que tenemos muchos que leemos bastante pero desconocemos temas quizá elementales.*

Respuesta:

Muy estimado amigo, no veo nada que disculpar en su muy atinada consulta. Al contrario, le estoy en deuda por darme la oportunidad de escribir sobre un tema que, dado el inicio del año dedicado a la fe el 11 de octubre del corriente, se torna muy actual.

Y ante todo, ¿qué entendemos por «espíritu»? En la expresión por usted reportada no se usa como sinónimo de alma sino como *una manera particular de considerar todas las cosas, de ver, de juzgar, de sentir, de amar, de simpatizar, de querer y de obrar*. Es una mentalidad o disposición particular que da color a casi todos nuestros juicios y actos, y que da a nuestra vida su tono de elevación o depresión. En pocas palabras es la mentalidad en cuya perspectiva yo juzgo e interpreto todas las cosas que me circundan, las personas que entran en relación conmigo y los acontecimientos que me salen al encuentro en el desarrollo de mi historia particular.





Todo hombre vive según un espíritu particular. Podemos distinguir cinco «espíritus diversos»: el natural, el mundano, el diabólico, el anti-fe, y el espíritu de fe, del que habla el texto por usted citado.

### 1. El espíritu natural

Se trata de un modo de juzgar que no trasciende las realidades de este mundo; no tiene en cuenta a Dios, ni el alma, ni la eternidad. Es el espíritu pagano. Juzga las cosas según ciertos principios, como ser: 1º la vida comienza y termina en este mundo; 2º el placer es la única regla moral; 3º lo bueno es lo útil; 4º no hay nada fuera de la materia; 5º la existencia es una locura que no tiene sentido.

Un triste ejemplo de este espíritu se trasluce en las palabras del biólogo Jean Rostand: «[el tema de la fe] me lo planteo todos los días, sin cesar. He dicho que no. He dicho que no a Dios, por decirlo brutalmente, pero, en cada momento, la cuestión vuelve a presentarse. Por ejemplo, cuando se habla del azar. Yo me digo: No puede ser el azar el que combina los átomos. Entonces, ¿qué?... Estoy obsesionado; digamos el término: obsesionado; si no por Dios, al menos por el no-Dios... No es un ateísmo sereno, ni jubiloso, ni contento. No. No me satisface ni me llena; es algo vivo, siempre al rojo vivo. La llaga se abre sin cesar... En cuanto al problema de la existencia [del mundo, de los seres], no puedo dejar de decirle que estoy terriblemente angustiado»<sup>1</sup>.

A este espíritu alude San Pablo en su *Primera Carta a los Corintios* cuando dice: «Cristo Jesús es locura para los gentiles» (1,23); y: «La doctrina de la cruz es locura para los que se pierden» (1,18); y también: «El hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios; son para él locura y no puede entenderlas» (2,14).

### 2. El espíritu mundano

Es semejante al natural, pero no se da en los paganos que desconocen a Dios sino en los cristianos. Saben que existe Dios y profesan la fe; incluso pueden ser sacerdotes y religiosos. Sin embargo, en definitiva piensan y viven como paganos: no tienen otras aspiraciones que los honores de este

<sup>1</sup> En una entrevista del libro de E. CHABANIS, *Dieu, existe-t-il? Non, respondent...*, París 1973.





mundo, e incluso aplican los criterios del espíritu natural a la vida religiosa. Aquí encontramos a los trepadores, a los acomodados, a los oficinistas de la vida religiosa, a los que reducen el mandato de Cristo a un juego de diplomacia, y a los fariseos en general; en resumen, a los que crucificaron a Cristo. «La cruz es escándalo para los judíos» (1Co 1,22); a estos judíos se refiere San Pablo. De estos se dice que son «hombres de mundo», es decir, conocedores del mundo por experiencia personal.

### 3. El espíritu diabólico

El espíritu diabólico es el modo de juzgar que es propio del diablo, y de aquellos que el mismo Señor dijo: «Vosotros sois de vuestro padre el diablo» (Jn 8,44). El diablo ve y juzga según criterios de enemistad: Dios es su enemigo y por tanto es enemigo todo cuanto viene de Dios. Ve como malo todo cuanto viene de Dios tanto en el orden de la creación como en el de la redención:

1) Ve como malo el orden de la creación. Dice el Génesis que «Vio Dios todo cuanto había hecho y era muy bueno» (Gn 1,31). El espíritu diabólico, en cambio, lo ve como dañoso; ve como cosas funestas la vida, el hombre, la concepción, el heroísmo, la patria, las cosas nobles, la justicia

2) Igualmente ve como malo el orden de la redención, es decir, la eternidad, la virtud, la fe, y sobre todo la Encarnación y su continuación en la obra de la Iglesia.

Comparten este espíritu todos cuantos quieren reformar la creación y la redención. Pensemos, por ejemplo, en los maniqueos que catalogaban de «mala» y obra de un «principio-dios malo» la creación corporal; recordemos su versión medieval en los albigenses. En los últimos siglos vemos este modo de juzgar encarnado en los anarquistas, los nihilistas, los filósofos revolucionarios. En nuestro tiempo lo vemos plasmado en muchos modos de manipulación genética, de manipulación de las conciencias, de uso y abuso del hombre; con los antiguos y los modernos modos de esclavitud del hombre por el hombre. Mirando al futuro debemos considerar al Anticristo, del que dice San Pablo que se opondrá explícitamente a la obra de la redención (cf. 2Ts 2,3-10). Por pluma de San Mateo, Nuestro Señor llama a todos éstos «obradores de iniquidad» (cf. Mt 7,23), que en lenguaje bíblico quiere indicar a todos cuantos allanan el camino del Anticristo.



#### 4. El espíritu anti-fe

El espíritu *anti-fe* es el espíritu contrario a la fe. Se distingue de los demás porque se trata de una distorsión de la luz que viene de la fe. Es el espíritu que caracterizó al fariseísmo de los tiempos de Cristo. Es el espíritu que llevó a los judíos a juzgar que su elección excluía de la vida eterna a todos los demás pueblos; es el espíritu que llevó a los fariseos y doctores de la ley a juzgar que los milagros de poder, la expulsión de los demonios por parte de Cristo, en lugar de probar su origen divino, probaban su legación diabólica. Cristo llamó a esta actitud «pecado contra el Espíritu Santo» (cf. Mc 3,29); San Juan de la Cruz lo llama en la Subida al Monte Carmelo: «espíritu de entender al revés», «espíritu de errar»<sup>2</sup>. Es el espíritu de ceguera. Es el espíritu que caracteriza a todos cuantos se entristecen por los frutos de la gracia; todos los que atribuyen los milagros morales a causas totalmente humanas; todos los que creen que la vocación o la perseverancia en ella es explicable por la sola voluntad del hombre; es también la actitud de todos cuantos atribuyen los fracasos en la evangelización, la formación espiritual, la disminución de las vocaciones, o el decrecimiento en el fervor misionero, a factores puramente sociales o históricos, en lugar de examinar nuestras conciencias para ver si no depende de nuestra poca fe y nuestra escasa oración o de nuestra personal infidelidad a la gracia.

#### 5. El espíritu de fe

Finalmente tenemos el espíritu de fe. Es el modo de juzgar que proviene de la virtud de la fe. San Pablo lo describe cuando escribe a los Corintios: «Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales también hablamos, no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales. El hombre naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas. En cambio, el hombre de espíritu lo juzga todo; y a él nadie puede juzgarle. Porque ¿quién conoció la mente del Señor para instruirle? Pero nosotros tenemos la mente de Cristo» (1Co 2,12-16).

<sup>2</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Sub.*, II, 22, 11-12.

## EL TEÓLOGO RESPONDE

En este texto podemos percibir las características principales de este espíritu bendito: 1) viene de Dios; 2) para que conozcamos la obra de Dios; 3) tiene un lenguaje espiritual; 4) es una especie de sentido, comprensión y discernimiento espiritual; 5) es, en definitiva, *la mente de Cristo*.

Sabemos que con el bautismo recibimos la gracia y todo el universo sobrenatural de las virtudes y dones infusos. La fe, en particular, que nos es dada en el bautismo, nos hace adherir a la Verdad infalible de Dios, y se convierte para nosotros en una *luz* que como linterna ilumina todo cuanto entra en relación con nosotros. Por eso el espíritu de fe nos hace ver de un modo totalmente distinto, e incluso diametralmente opuesto, al de los mundanos, paganos y fariseos todas las realidades:

1) Es infinitamente diverso el modo de ver el dolor en un hombre sin fe y en un hombre con fe. Para el primero esta realidad lo coloca delante de un absurdo. Él se sabe no creado para sufrir, pero el dolor está allí delante y no puede negarlo ni eludirlo. Puede incluso llevarlo a la desesperación. Para el hombre de fe el misterio del dolor no es menos lacerante, pero comprende que no ha sido hecho por Dios, sino que proviene del misterio del pecado del hombre; y comprende que puede tener un sentido providencial y redentor, porque Dios escribe derecho con líneas torcidas; él sabe que el dolor, que para otros es absurdo, para él puede ser fuente de maduración, de santificación y de corredención.

2) Es incomparablemente diverso el modo en que mira la muerte quien tiene fe y quien carece de ella. Para el primero es final y fracaso de toda su vida, de sus esperanzas, de sus proyectos, de sus deseos, como Michelet que gritaba: «¡Mi yo, que me arrebatan mi yo!». Para el segundo es puerta que conduce a otra vida, es el día del nacimiento eterno, el puente que une con la gozosa visión de Dios. Este puede decir como Chesterton al ser preguntado sobre sus sentimientos momentos antes de morir: «¡Siento una gran curiosidad!» Algo semejante puede decirse de la Providencia, de la Historia, de las obras de los hombres, de las maquinaciones de los impíos, de la persecución de los justos.

De aquí se siguen dos actitudes diversas: para el que no tiene fe, todo cuanto tenga una conexión con el dolor, la enfermedad, la muerte, el sufrimiento moral, etc., es un fracaso, una fisura en sus planes, y por tanto debe huirlo con todas sus fuerzas, aun a costa de bienes más grandes como

la vida, la familia, la amistad, el amor humano. Él no entiende la mortificación, la renuncia... Le parece absurda la actitud de Cristo de redimir al mundo desde una cruz.

En cambio, para quien tiene fe todo esto cuadra perfectamente dentro de una vida que no es una realidad último sino penúltima; es un umbral donde se paga la entrada, con sudor y lágrimas, para un espectáculo eterno que vale más que cualquier renuncia.

El espíritu de fe juzga, es decir, *mide* todo a la luz de tres criterios fundamentales:

1º El primero es el criterio de *la dependencia de Dios*. Mientras el impío dice en su corazón «no hay Dios» (cf. Sal 10,5; 13,1), «¿Quién podrá verlo?» (Sal 63,6), el hombre de fe repite las palabras del Señor: «ni siquiera un cabello de vuestras cabezas caerá sin el permiso de Dios» (Lc 21,18).

2º El segundo es el de *la providencia amorosa de Dios*, que nos enseña que todas las cosas, incluso el dolor, la persecución y el mal, ocurre para el bien de los elegidos: «Nosotros sabemos que todo concurre el bien de los que Dios ama» (Rm 8,28).

3º El tercero es el de *la centralidad de Dios y de Cristo*, que nos enseña que «el mundo, la vida, la muerte, el presente, el futuro: todo es vuestro. Pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios» (1Co 3,21-22). Lo único importante es Cristo. Él es el centro de la Historia, el punto de referencia del Plan de Dios Padre, como dice el himno de San Pablo a los Colosenses (Col 1,13-20):

«Él nos libró del poder de las tinieblas  
y nos trasladó al Reino del Hijo de su amor,  
en quien tenemos la redención: el perdón de los pecados.  
él es Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación,  
porque en Él fueron creadas todas las cosas,  
en los cielos y en la tierra,  
las visibles y las invisibles,  
los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades:  
todo fue creado por Él y para Él,

## EL TEÓLOGO RESPONDE

Él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en Él su consistencia.

Él es también la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia:

Él es el Principio, el Primogénito de entre los muertos,

para que sea Él el primero en todo,

pues Dios tuvo a bien hacer residir en Él toda la Plenitud,

y reconciliar por Él y para Él todas las cosas,

pacificando, mediante la sangre de su cruz,

lo que hay en la tierra y en los cielos».

Por eso ante Él hay que decir como el Bautista: «es preciso que Él crezca y que yo disminuya» (Jn 3,30).